

EL ESCRITOR LUIS MATEO DÍEZ PRESENTÓ EL DÍA 2 DE MAYO EN TERUEL EL LIBRO "LA MAREA DEL TIEMPO", DE RAUL CARLOS MAICAS

**SE TRATA DE UN VOLUMEN DE DIARIOS PUBLICADO POR
LA EDITORIAL CANDAYA**

El escritor, y miembro de la Real Academia Española de la Lengua, Luis Mateo Díez, fue el encargado de dar a conocer el nuevo libro de Raúl Carlos Maicas. Editado por Candaya bajo el título de "La marea del tiempo", se trata un volumen de diarios que el escritor y periodista turolense fue elaborando durante cuatro años, de 1998 a 2001. El acto de presentación tuvo lugar el miércoles día 2 de mayo, a las 20 horas, en el Museo de Teruel. Participó también Angel Gracia, Presidente de la Diputación de Teruel, institución que ha colaborado en la publicación de la obra, así como el responsable de la Editorial Candaya, Francisco Robles.

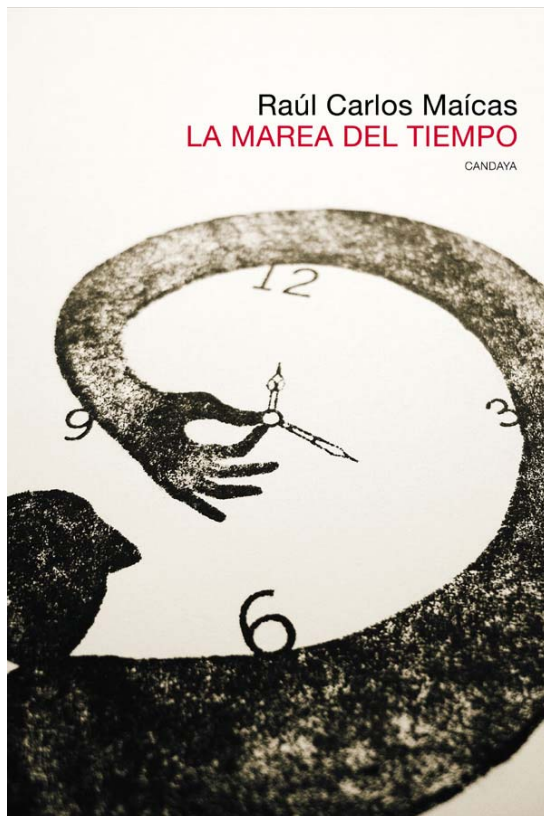
"La marea del tiempo", cuya portada es obra del prestigioso diseñador gráfico Isidro Ferrer, constituye la segunda entrega de una serie de diarios que comenzaron a publicarse en 1998, con el libro "Días sin huella", editado entonces por Calambur y que obtuvo una favorable acogida entre la crítica. Se trata, por tanto, de una obra en marcha y una nueva oportunidad para que los lectores se aproximen a unas páginas que rinden homenaje en su título al escritor catalán Marià Manent, en cuyo libro "Diario disperso" Raúl Carlos Maicas encontró "un párrafo que me pareció muy descriptivo de lo que pretendía con estas prosas ahora editadas: dar a la luz pública unas cuantas notas dispersas que pertenecen a pequeñas zonas salvadas de la marea del tiempo y de la inexorable erosión de la memoria".

CONTAR LA VIDA Y TRASCENDERLA



Para el escritor turolense, "llevar un diario es, como diría Carmen Martín Gaité, ir elaborando un cuaderno de todo. De ahí que su objetivo primordial sea contar la vida que pasa y, también, trascenderla, ir más allá". Por ello, este libro puede definirse como un ejercicio eminentemente literario de esa libertad desde la que el escritor de diarios mira al mundo a través de una soledad elegida y creativa y construye su propio territorio buscando la complicidad con el lector. Por ello, estos diarios pueden definirse como un ejercicio

eminentemente literario de esa libertad desde la que el escritor mira al mundo a través de una soledad elegida y creativa. "El diario –se nos dice en estas páginas– es una suerte de safari sentimental". Prosas misceláneas en las que el autor se divierte "recreando vidas de papel, registrando murmullos, fabulando historias y hasta sermoneando no pocos desvaríos desde nuestra irreductible e incrédula soledad".



Estos diarios son, a veces, una suerte de manual de autoayuda y también una radiografía de lo que ocurre a nuestro alrededor de manera cotidiana. No falta el inventario de lecturas, anécdotas y chascarrillos, sermones y agravios. Y así se van desplegando ante la curiosidad del lector una larga secuencia de fragmentos que brindan un análisis, entre subjetivo y cómplice, de cuanto sucede a nuestro alrededor. De ahí que los temas tratados en "La marea del tiempo" resulten muy diversos, tan eternos como actuales, aunque siempre tamizados por el ejercicio de la literatura. Así, por ejemplo, se nos narra algún episodio turolense surrealista y divertido como el cuenta la aparición de Rambo en la Glorieta o el del viejo bailón por la plaza de San Juan, radiocassete en ristre. Se habla también de la vida cultural española, de nuestros políticos, de la necesidad de retornar a la infancia, de los viajeros inmóviles, de las mujeres fatales, del oficio de paseante, del desamor, de lo políticamente correcto,

del alma de la ciudad y de un amplio y plural catálogo de asuntos y personajes.

Por otra parte, más allá de unos cuantos personajes que aparecen con iniciales o bajo una enigmática X., la lista de nombres propios es muy amplia: desde Yoko Ono a Tintín, de Juan Manuel Bonet a Pedro Laín Entralgo, de Miguel Sánchez Ostiz a Umbral. Se ofrece también un breviario para buenos políticos o se escribe sobre el suplicio de las moscas o el arte de tragar. El abanico temático resulta, por tanto, amplísimo y permite acceder al libro por cualquiera de sus páginas y dejarse seducir o contrariar por sus propuestas y análisis, por sus historias y sus divagaciones. Sin duda, el propósito de estos diarios un poco volterianos, no exentos de polémicas y retratos sarcásticos, de contradicciones y aforismos, es no dejar a ningún lector indiferente.

Aunque todavía minoritarios en el panorama editorial español, los diarios atraen cada vez a más lectores, que encuentran en ellos la experiencia de sus semejantes, es decir, un reflejo de la suya propia. Además, para algunos de sus cultivadores constituyen una innovadora y magnífica fórmula narrativa, una bocanada de aire fresco frente a los síntomas de agotamiento y reiteración que brindan de otros géneros, como la novela.

No obstante en España, a diferencia de Francia o Inglaterra, no ha existido una gran tradición diarística y sólo podemos evocar como textos de referencia a los publicados en el siglo XX por Josep Pla ("El cuaderno gris"), Juan Ramón Jiménez, Azaña, Gil-Albert, Ramón Gaya, Max Aub y pocos más. Por fortuna, desde hace algo más de dos décadas existe un progresivo auge del diarismo en nuestras letras, aunque sus autores todavía no hayan franqueado los límites de un público minoritario.

Con la publicación de "La marea del tiempo", de Raúl Carlos Maícas, se da inicio a la serie Candaya Abierta.

Raúl Carlos Maicas (Teruel, 1962) es escritor y periodista. Fundó, en 1983, la Revista Cultural *Turia*, publicación que continúa dirigiendo en la actualidad y que ha sido denominada por la crítica como la *Revista de Occidente* aragonesa, en reconocimiento a su pluralidad y rigor intelectual. El prestigio de que goza *Turia* entre las revistas culturales españolas fue avalado con la concesión, en 2002, del Premio Nacional al Fomento de la Lectura.

Fragmento de *La marea del tiempo*

LOS AMIGOS BIEN, GRACIAS. Cuando la otra tarde le pregunté a L. si aún le quedaban amigos, se rió con ganas y me respondió al instante con sorna y no sin cierto fastidio: los amigos bien, gracias. Creía que le estaba gastando una broma pesada y, como un resorte, contestaba a mi supuesta chanza un poco molesta, un poco a la defensiva. Estaba claro que para ella el asunto no era cuestión ni de burla ni de guasa. Al descubrir que yo también iba en serio, me lanzo una mirada un poco perdida y, al rato, observé cómo un leve rictus de amargura terminaba por instalarse en su rostro de rubia peligrosa. Al parecer, mi pregunta le había causado heridas. Se sentía atacada desde una perspectiva inédita.

Instantes después, meditada ya una respuesta convincente, L. nos confesaría a sus tertulianos la dura verdad: estos últimos años se sentía terriblemente sola. Sin verdaderos amigos. Enferma de amor. Necesitada de cariño. Frágil. Incapaz de afrontar una vida tan rica y compleja como la suya. Apenas disfrutaba ya, –al menos así nos lo dijo en aquella sobremesa–, de la compañía de unas cuantas gentes cómplices, de varios compinches de aventuras profesionales y de un escaso ramillete de conocidos y familiares nada fiables.

Según L., Dios creó a los amigos para que la vida en pareja no naufragara en el tedio, y también como remedio para no enfermar de soledad, para no perecer entre la más absoluta indiferencia. Le di la razón. La falta de amigos puede ser letal. Máxime cuando vivimos en una época en la que impera la desconfianza, en la que se predica sin descanso contra lo colectivo/público, se prohíbe todo revolucionario romanticismo y se postula al ególatra, al soberbio, al autosuficiente, al competitivo, al pragmático, como nuevo héroe de la modernidad y del futuro que llega. Visto lo cual, eso de tener unos escasos y buenos amigos nos parece a muchos un lujo inalcanzable, una quimera sentimental particularmente endiablada. Un reto imposible. La amistad, hoy más que nunca, es un territorio mítico. Requiere una lucha titánica y tolerancia infinita. Además, mal que nos pese, no debemos engañarnos: existen pocas personas que no sean sangre de tu sangre capaces de darlo todo por ti, sin trueques ni componendas. Además, de qué sirve ocultarlo. Yo tampoco tengo amigos. “Hablen otros de su vergüenza. Yo hablo de la mía”, citaba Brecht con contundente elocuencia en uno de sus poemas. Así, en lo que atañe a la amistad y sus misterios, uno se consuela con la siniestra, dramática, veraz e inteligente definición que le dedicara Ambrose Bierce en su controvertido y genial Diccionario del diablo: “barco lo bastante grande como para llevar a dos con buen tiempo, pero a uno sólo en caso de tormenta”.